

ABEL FARINA

---

## EL SIMBOLISMO EN COLOMBIA

Escribe: JAVIER ARANGO FERRER

Cuando se dice que en Colombia no existe la crítica Abel Farina (1875-1821) regresaría de su olvido como un "yo acuso". Su caso es el de las plantas exóticas cuyas semillas transportan las aves de remotos jardines para que florezcan entre el vulgo del monte. Su estilo es inimitable y único dentro del modernismo colombiano. Si José Asunción Silva viene del tallo romántico y Guillermo Valencia del parnasiano, Abel Farina avanzó hacia el simbolismo con auras mallarmenianas. Sin embargo es el gran olvidado. Aun las antologías de poetas antioqueños callan su nombre o lo proyectan en los poemas que menos lo representan como sucede en la seleccionada por dos poetas de la montaña (Medellín, 1953). Lo mismo ocurre en los textos de literatura, salvo en la del Padre Ortega Torres, quien dedica a su memoria breves y sentidas palabras.

Luis Carlos López dijo a un reportero hacia 1924: "Farina era chiflado". Acaso el mundo delirante de todo gran poeta se cubrió en él de niebla como en Epifanio Mejía. En *Orgullo* él mismo escribió: "Sé que al postrer asilo de la demencia —¡preciso es confesarlo!— me iré pronto". Quizá tuvo los momentos iluminados de los agonizantes y esos debieron ser los poemillas que dedicó a su hijo recién nacido, tan gran poeta como el padre, malgrado infortunadamente en la primera juventud. En Edgar dormido dice...: "Pobre fui, y me colmaste de riqueza; —Enfermo y me sanaron tus prodigios, —Oh bienaventurada estrella mía! —La perla de mi hogar duerme conmigo".

Dos meses después de estos versos, el 2 de octubre, murió el poeta. Su último soneto *Erato amiga* lo escribió el 20 de septiembre en endecasílabos ya muy apagados.

En el Diccionario Biográfico y Bibliográfico don Joaquín Ospina dice: "nunca hizo agasajos a la popularidad. Soñaba solo, pensaba hondo... Cruzaba por las calles como Poe y Verlaine, indiferente, desadaptado, exótico... Su numen era fecundo y maravilloso. Cuando la crítica englobe la personalidad complicada del poeta, no olvide que fue uno de los críticos

mas eruditos de su tiempo". Poco antes de morir dijo: "Si a alguien he ofendido fue siempre en defensa de la belleza". Ningún poeta ha dejado seguramente para su epitafio un testamento tan corto y profundo.

Seguramente el hermetismo de todo simbolista movió a Tomás Carrasquilla en la primera Homilía al comentario cuando dice: "Al través de aquel frasear suyo rebuscado y violento, saltan los chispazos de un alma múltiple e inflamada. No, Farina: no te quedes metido tras el velo". Pero es Carrasquilla quien se queda allí cuando a renglón seguido añade: "Deja que tu licor de cigüeña se lo beban y se lo asimilen todos los zorros de la tierra". Sin contar lo desagradable que ha de ser ese licor, aun para los zorros, como esto no sea una fábula mitológica no entiendo en términos caseros lo que quiso decir don Tomás.

En un esquema general, ante un poeta que regresa, solo es posible dar las primeras palabras de la exhumación y decir las primeras palabras del exorcismo contra el olvido. Farina dividió su obra en cinco etapas: *Páginas locas* (1894-1900). *Flautas de Pan* (1900-1904), título archiparnasiano. *Modernas* (1904). *Crisálidas* (1901-1910). Es esta la etapa de sus mejores poemas. *Evangelios y otros poemas* (1902-1911). Este es el tercer volumen que figura bajo el nombre de *Juvenilla*. Estas son las obras completas de Abel Farina en tres volúmenes (Medellín 1926-1927), sin prólogos ni nota alguna de los editores. De su vida sé muy pocos detalles. Parafraseando a Dumas, la mejor obra de Farina fue su hijo Edgar Poe Restrepo, muerto en la flor de los veinte años.

En *Afrodita*, soneto alejandrino, el estudioso podría paladear de entrada la poesía simbolista de un Farina pleno y total. De Valencia difiere en la mayor libertad del diseño y en la manera mallarmeniana de lograr el adjetivo y la imagen:

*Zis! ¡Al baño! ¡Se ha hundido con dos ánforas plenas  
de perfumes de Oriente: Lujuriosos rosales  
en el mórbido rizo de los glaucos cristales  
sueltan púrpuras únicas bajo frondas amenas.*

*El zenit como un foco de irritadas colmenas  
flecha dardos; susurran silencios musicales  
en las auras que pueblan mariposas rivales  
y en el húmedo espejo de las aguas serenas.*

*Reina Amor; es la siesta de una calma infinita  
y en sus gracias desnudas complacida Afrodita  
va aplicando un extremo de su diestra discreta.*

*Dulce imán que señala por ocultos parajes  
un oasis remoto de tupidos follajes,  
que en la noche satura vago olor a violeta.*

En *Verlaine* convertido el hermetismo se manifiesta por expresiones simbólicas cuyo sentido escapa al lector en la primera instancia:

*El enano lascivo que murió, fue gigante  
bajo la Piedra Negra; una hada amorosa  
bajo la Piedra Negra la transformó en diamante,  
un diamante que fuese blanco como una rosa.*

*Como una rosa blanca y yerta semejante  
a las tenues blancuras de la helénica Diosa,  
o al lejano esfumino con que un alba radiosa  
amortigua el oriente de una estrella flagrante.*

*Su cuerpo ya exhausto (¿fue el gentil visionario  
de un esquivo ensueño?) con amor se rendía  
a la zarza bendita y a la hez del Calvario.*

*Entonces el gran cisne de Zeus enmudecía  
atónito, y el humo surgió del incensario  
como una polvareda de terror. Nació el día.*

El psiquiatra, el estilista y el crítico literario podrían cifrar en este soneto una polémica complicada y sutil sobre el simbolismo. Farina se acerca allí al ideal acariciado por Flaubert y compañía de escribir versos sin tema, válidos por la sola belleza del lenguaje. No explotó el antioqueño la melodía preciosista de los parnasianos. Su cadencia es jugosa y sabia. Los seres poéticos apenas insinúan sus contornos en la penumbra musical. Es esa la complacencia del límite entre lo evanescente y lo delirante. Este soneto anuncia un nuevo orden en nuestra poesía.

En el primer terceto dice Farina que el poeta se rendía a la "zarza divina y a la hez del Calvario". El verso es claro y preciso. Así queda significado el contraste que hubo entre la vida crapulosa y la obra angélica de Paul Verlaine, es decir, entre la Piedra Negra (la vida) convertida en diamante blanco cual una rosa (la obra). El segundo terceto es el momento más oscuro de este inquietante soneto escrito posiblemente en uno de esos trances en que la razón y la fantasía comienzan a ser el sueño delirante del poeta.

Abel Farina está a la misma altura pero a gran distancia de Silva y de Valencia en la utilería verbal y en la expresión poética. Si el surrealismo no estuviera tan desacreditado, su palabra podría explicar el Fenómeno Farina en nuestra poesía. En aquel tiempo eran tan corrientes los dísticos parnasianos como las formas sumergidas en las nieblas simbolistas. Carlos Arturo Torres y aun Valencia hubieran firmado estos alejandrinos pareados:

*Yo sé muchas historias de inolvidables días  
de pérfidos halagos, de recias agonías.*

*Allí las blancas vírgenes de lúbricos contornos,  
de aéreos sutiles y diáfanos adornos;*

*Allí la fiebre loca, el beso eterno y rudo  
de la impoluta esclava sobre el marfil desnudo;*

*Y en mareante vértigo, cien danzas peregrinas  
meciéndose al acorde de suaves mandolinas.*

*Y aquella larga fiesta, aquel carnal desvío  
de Abdul-Hasán no pudo matar el fiero hastío!*

Aquí están patentes las predilecciones temáticas del maestro Valencia. Farina recordó en *Ritornelos* el Tercer Nocturno de Silva. Los versos largos y cortos se mueven con el ritmo del tetrasílabo o de sus múltiplos sin llegar, naturalmente a la inimitable simplicidad del Nocturno. Su lirismo navega por el idioma a distancias astronómicas de las florituras retóricas:

*Seis palomas venusinas, mirto y flores, lauro y rosa,  
mi alma atónita y cansada te llevara mi alma triste  
que insegura en los jardines del amor su vuelo posa  
cuando troncos, eras, copas, plutomana gasa viste.  
Mi alma mártir, mi alma triste, mi alma enferma que se muere,  
dar no quiere, dar no quiere,  
dar no quiere su llamado.....*

Este es el Abel Farina incorporado al equipo modernista. En *Salutación a Mallarmé* se escapa de su medio y de su tiempo para ascender a la colina simbolista señalada por los sonetos anteriores y por este poema cuyo ritmo silábico recuerda el pentámetro antiguo:

*¡Oh Príncipe invicto! cantamos la antigua virtud,  
que sordo al murmullo creciente de la multitud,  
ciego a las coronas, retador impasible y cruel*

*Dejaste los años correr como linfa entre abrojos  
esquivo a las glorias y aplausos como a los sonrojos,  
por igual despreciando martirios, olvido y laurel.*

*No así quien sus jóvenes palmas tributa al Tirano,  
no así quien te niega y espera, rendida la mano,  
la ofrenda del vulgo a la par insensible y feroz.*

*Tu eterna victoria consagren con pompas y mitos,  
bajo el mármol sacro tocado de luz de tus ritos,  
graves sacerdotes de mágica y lírica voz.*

*Homérida ardiendo en el fuego inmortal y divino  
en tu honor se eleven los cálices rojos de vino,  
deshoje sus pétalos blancos el casto azahar.*

*Al ara encaminen los bueyes ceñidos de albura,  
y un coro de núbiles diosas en tu sepultura  
riente acompañe en la fiesta tu tiorba y tu altar.*

En alguna ocasión León de Greiff elogió a Farina como traductor de Mallarmé. *Las Flores* del simbolista francés las trajo el simbolista colombiano al jardín español:

*De las cascadas áureas del viejo azur el día  
primero, y de las nieves de siderales rastros,  
Oh Padre!, desataste la lumbre que debía  
cubrir la tierra joven y virgen todavía  
de manchas y de lágrimas ¡eflorescencia de astros!*

*Los róseos gladiolos, ranúnculos, jazmines,  
que van magnificando por surcos y jardines  
la universal delicia; los lauros de las almas  
excelsas —semejantes a las bruñidas palmas  
que entre sus manos llevan los blancos serafines—*

*El jacinto y el mirto de adorables fulgores,  
y, como de la carne de la mujer hermana,  
la rosa cruel y roja, princesa de las flores  
—Herodías que enciende los livianos amores  
y una sangre feroz y lumínica mana...*

*E hiciste de los lirios la albura sollozante  
que sobre el mar del éter palidecido errante,  
y a través del incienso azul del horizonte,  
para besar la luna llora en lo distante  
arranca desde el ápice fantástico del monte...*

*¡Hosana sobre el sistro, sobre los incensarios!  
Hosana en los jardines de nuestros negros limbos,  
y el eco sacro extinguese de preces y de himnarios  
en esas noches místicas, bellas como santuarios,  
—éxtasis de los ojos y resplandor de nimbos—.*

*¡Oh Padre que creaste con justa diestra fuerte  
los cálices que auguran tu poderosa egida,  
y, entre todas balsámica, una flor, la Muerte,  
para el poeta enfermo que se exilió en la Vida,  
para el cansado a quien acuchilló la Suerte!*

Al poeta Abel Farina lo sacaron de pila con el nombre de Antonio María Restrepo en Aguadas cuando esta población típicamente antioqueña pertenecía a Antioquia. La voz contra el olvido que borra los epitafios y desmorona las tumbas es vana y clama en el desierto de los hombres. Que estas palabras refresquen los huesos calcinados de Abel Farina y alumbren su noche con un recuerdo emocionado, así sea fugaz como los fuegos fatuos de los cementerios.